

Emiliano y Pancho

PEDRO SALMERÓN

© **Pedro Salmerón**

Mayo 2012

Ésta es una publicación del Partido de la Revolución Democrática del Distrito Federal (PRD-DF) y Para Leer en Libertad AC.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Salvador Vázquez

Formación y diseño de portada: Daniela Campero.

EMILIANO ZAPATA

1. Anenecuilco: raíz y razón de Zapata

A principios de los años cuarenta del siglo XX, el joven profesor Jesús Sotelo Inclán fue a buscar, a los pueblos de Morelos, “las huellas del hombre terrible, asesino y destructor” que fue Emiliano Zapata. Se encontró, en cambio, “con el vivo recuerdo de un luchador implacable, sí, pero con una causa justa y un limpio ideal”.

Esos viajes transformaron a Sotelo Inclán, que vio en la realidad del campo de Morelos y en sus largas pláticas con los campesinos un Zapata muy distinto al que había aprendido a aborrecer en su infancia y juventud. Finalmente, llegó a Anenecuilco, el pueblo natal de Zapata y al cabo de algún tiempo se ganó la confianza de Francisco Franco Salazar, primo de Zapata, a quien éste le había dado a cuidar los títulos, mapas y papeles del pueblo que él, a su vez había recibido de manos de los ancianos del pueblo cuando fue electo presidente de la Junta de Defensa de Anenecuilco, en 1909. “Aquellos papeles —escribió— cambiaban por completo la visión que yo tenía de Zapata y lo revelaban como un auténtico representante de las aspiraciones de su pueblo.”

Los papeles mostraban la lucha centenaria de la comunidad indígena de Anenecuilco por defender sus derechos sobre las tierras, montes y aguas que eran suyos, frente a la ambición de los poderosos y la expansión de las haciendas. Revelaban el papel de Emiliano Zapata como heredero y representante de esa lucha y luego, a partir de noviembre de 1911, como jefe de un movimiento con un clarísimo propósito central: recuperar las tierras y aguas que pertenecían a las comunidades campesinas desde tiempos inmemoriales, así como el derecho de uso común de los pastos y bosques, de las que habían sido total o parcialmente despojados durante la segunda mitad del siglo XIX y, particularmente, durante el prolongado gobierno de Porfirio Díaz; porque el de Anenecuilco no era un caso único sino ejemplar de las condiciones y las luchas de cientos de comunidades campesinas e indígenas de Morelos y de la amplia zona del centro y sur del país donde el zapatismo arraigó con fuerza.

La documentación muestra que el derecho asistía a los pobladores de Anenecuilco en su lucha contra la hacienda, al probar la propiedad original y colectiva del pueblo sobre las tierras en disputa, y muestra también la parcialidad de los gobernantes en favor de los hacendados. En 1909, Emiliano Zapata fue elegido jefe del concejo de la comunidad o *calpuleque*, figura de autoridad tradicional en muchas regiones indígenas de México, y un año después los comuneros invadieron las tierras de la hacienda y se pusieron a sembrarlas, desafiando los fallos de las autoridades: para ellos, el camino de la justicia había sido cerrado por un gobierno que no respetaba las leyes, convicción que coincidió con el llamado a las armas para derribar la autocracia porfirista, hecho por Francisco I. Madero a fines de 1910.

2. Un charro llamado Emiliano

¿Por qué los comuneros de Anenecuilco eligieron *calpuleque* a Zapata en 1909?, ¿por qué los campesinos rebeldes de muchos pueblos del oriente de Morelos lo hicieron su jefe en 1911?, ¿quién era Emiliano antes de convertirse en el Caudillo del Sur?

Emiliano nació en el pueblo de Anenecuilco, municipio de Villa de Ayala, Morelos, en agosto de 1879. Fue el noveno de diez hijos —el último de los cuatro que sobrevivieron— de Gabriel Zapata y Cleofas Salazar. La madre pertenecía a una antigua familia de comuneros indígenas entre cuyos antepasados se contaban soldados de las fuerzas de José María Morelos y de las chinacas juaristas. El padre también pertenecía a una familia de raigambre en el pueblo y algunos de Zapata pelearon contra los conservadores y los franceses, de lo que alardeaban muchos años después en las veladas en que contaban historias que fascinaban al niño Emiliano, del que se contaba en Anenecuilco que una noche solemne prometió a su padre que él recuperaría las tierras y el orgullo del pueblo. Gabriel Zapata trabajó un tiempo como jornalero en las haciendas vecinas, pues la tierra que conservaba el pueblo no alcanzaba para mantener a sus habitantes, y luego se dedicó a la compra y venta de ganado, con alguna fortuna, lo que le permitiría a Emiliano cursar los primeros años de la primaria.

Emiliano perdió a sus padres a los quince o dieciséis años. Poco después tuvo algún enredo con la policía, por lo que huyó al vecino estado de Puebla y, finalmente, desde antes de cumplir veinte años se dedicó a las tres cosas que más

le gustaban: domar y correr caballos, cortejar muchachas y protestar contra la injusticia. Emiliano pertenecía a un grupo de jóvenes campesinos que participaban activamente en la defensa de las tierras del pueblo y que alardeaban de ello en las plazas de villa de Ayala y de Cuautla. Al mismo tiempo, su pasión por los caballos y su conocimiento de las artes de la doma y las suertes charras —traje que vistió con orgullo desde que pudo pagárselo—, le permitieron escapar de la pobreza en que vivían casi todos sus vecinos, pues sus habilidades eran requeridas y bien pagadas en las haciendas de la región.

En 1909, Emiliano apoyó la candidatura de Patricio Leyva al gobierno del estado de Morelos, en uno de esos movimientos cívicos locales en los que se mezclaba la oposición política tradicional al porfiriato con las nuevas aspiraciones de transformación nacional encarnadas en el antirreeleccionismo, encabezado por Francisco I. Madero y Emilio Vázquez Gómez. La maquinaria del estado impuso violentamente al candidato oficial, el hacendado Pablo Escandón, en un clima de flagrante violación de las leyes electorales y las libertades públicas consagradas en la constitución, lo que no era nuevo: lo nuevo había sido, justamente, la organización de numerosos ciudadanos de Morelos en torno a una candidatura opositora.

Fue inmediatamente después de la campaña electoral cuando los ancianos del concejo de Anenecuilco convocaron al pueblo a renovar a sus autoridades tradicionales, y Emiliano, a sus 30 años, fue electo presidente del concejo o *calpuleque*. Aunque montaba caballos finos y vestía traje de charro con botonadura de plata, nunca dejó de ser “Miliano”

para convertirse en *don* Emiliano: fue siempre del pueblo, un primo, un sobrino, un amigo... que siguió siéndolo cuando en otros pueblos lo llamaban “general”.

Por eso lo eligieron, por eso y por la reputación de las familias Zapata y Salazar en las luchas del pueblo. Francisco Franco Salazar, su primo, elegido secretario del concejo, contó décadas después a Sotelo Inclán que tras el breve discurso en que Emiliano aceptó el cargo a condición de que el pueblo le diera siempre su apoyo, alguien gritó: “Nosotros te sostendremos, sólo queremos alguien con pantalones que nos defienda”.

La elección casi quedó en nada cuando, en una evidente maniobra represiva, Emiliano fue consignado como soldado raso al 9º Regimiento de Caballería, a principios de 1910, pero de algo le había servido trabajar para los hacendados, porque uno de ellos, justamente el yerno del presidente Díaz, don Ignacio de la Torre y Mier, consiguió que lo dejaran libre al cabo de pocas semanas. En torno a ese hecho se han bordado leyendas y alguna novelita sobre una posible relación personal entre Zapata y De la Torre, que trascendería ampliamente la natural entre un poderoso hacendado y un charro independiente que compartían su pasión por los caballos y las suertes ecuestres. Varios meses tardó Zapata en pagar ese favor, trabajando como caballerango mayor para don Ignacio, en la ciudad de México.

Mientras Zapata veía de cerca el lujo de los hacendados, en Morelos el ambiente se enrarecía cada vez más, pues el gobernador Escandón, rico y poderoso hacendado moderno, apoyaba sin cortapisas a los latifundistas en sus disputas con los pueblos, abandonando la apariencia de po-

líticas conciliatorias de anteriores gobernantes y acentuando los agravios y resentimientos de los comuneros; además, parecía repetirse a escala nacional la experiencia opositora morelense de 1908-1909, conforme crecía la figura de Francisco I. Madero y se consolidaba el Partido Antirreeleccionista. Fue natural entonces que muchos simpatizantes de la candidatura de Patricio Leyva y varios connotados defensores de las tierras de los pueblos transitaran al maderismo.

Emiliano no se contaba entre ellos, pues al volver a su pueblo, en el verano de 1910, enfrentó otros problemas: Anenecuilco moría de inanición pues, con el apoyo de Escandón, la hacienda había usurpado buena parte de las últimas tierras de cultivo y se negaba incluso a arrendar terrenos a los angustiados labradores, a los que no quedaba más camino que abandonar su pueblo, lo que pondría fin a la comunidad.

Fue entonces cuando Emiliano organizó al pueblo para recuperar las tierras usurpadas por la hacienda, y ochenta campesinos mal armados tomaron las tierras y empezaron a sembrarlas. La situación nacional obligó a las autoridades a tolerar la invasión y durante unos meses se estableció una especie de tregua armada entre la hacienda y el pueblo, aunque Emiliano envió una comisión a solicitar al presidente Díaz que las tierras fueran definitivamente devueltas al pueblo y asignó lotes y títulos a los hombres del pueblo: ahora, más de cien hombres armados lo seguían.

Mientras tanto, Madero había llamado a la revolución, Chihuahua ardía, y el éxito de la revolución nortea se fue contagiando al resto del país, dando una dimensión distinta al pequeño conflicto agrario que agitaba al oriente de Morelos.

3. Del Plan de San Luis al Plan de Ayala

Las redes de la conspiración maderista en el centro-sur de México, encabezadas por medianos empresarios y representantes políticos de las clases medias, fueron descubiertas y desmanteladas por la policía. Tuvieron que pasar varias semanas para que algunos dirigentes pueblerinos del oriente de Morelos se empezaran a reunir por su cuenta en Villa de Ayala, en casa del profesor Pablo Torres Burgos. Los atraía un párrafo del artículo tercero del Plan de San Luis, con el que Madero había llamado a la rebelión, en el que se decía: “Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos por acuerdo de la Secretaría de Fomento o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos”.

Eso bastaba, de momento: el respeto a la ley y la restitución de las tierras usurpadas, de modo que en febrero de 1911 se rebeló Gabriel Tepepa en Tlaquiltenango y pronto lo siguieron Pablo Torres Burgos y Emiliano Zapata, en Villa de Ayala. De momento, Zapata tenía un papel subalterno, pero de la misma manera que en Chihuahua Pascual Orozco y Pancho Villa resultaron capitanes muy superiores que los profesionistas y artesanos urbanos designados por Madero, en Morelos, a lo largo de marzo y abril, Zapata fue siendo reconocido como jefe por las diversas bandas rebeldes. Finalmente, los enviados oficiosos del Cuartel General maderista aceptaron el liderazgo de Emiliano, quien aseguró su posi-

ción con la toma de Cuautla, la segunda ciudad del estado, el 19 de mayo.

La ocupación de Cuautla fue oportunísima: apenas dos días después se firmaron los acuerdos de Ciudad Juárez, por los que Porfirio Díaz renunciaba al poder e iniciaba la transición al régimen maderista, dando por terminadas las hostilidades entre los rebeldes y el gobierno. Pero ya Zapata tenía una fuerte posición y una base firme para impulsar la solución del asunto que lo había empujado a la revolución, el problema agrario. No se trataba (todavía) de destruir las haciendas: lo que Zapata y los suyos querían era que a los pueblos se les diera su lugar. Al ocupar Cuautla, Zapata envió órdenes a todos los pueblos del distrito para que reclamasen sus tierras y en los días siguientes empezaron las invasiones o “recuperaciones” de tierras en el centro y oriente del estado.

Los hacendados que sostenían al poder porfirista, asustados, entregaron Cuernavaca a las fuerzas de los hermanos Figueroa, maderistas guerrerenses mucho más moderados. Inmediatamente después los jefes del maderismo exigieron a Zapata que suspendiera todo acto de hostilidad contra las haciendas y el 26 de mayo el propio Madero señaló que “no se pueden satisfacer en toda su amplitud las aspiraciones contenidas en la cláusula tercera del Plan de San Luis”. Dos semanas después, cuando el jefe nacional de la revolución llegó a la ciudad de México, el caudillo suriano fue de los primeros en recibirlo. Al día siguiente tuvieron una entrevista en la que Zapata expuso el problema agrario y Madero respondió que el problema era delicado y tenían que respetarse los procedimientos. Lo que importaba de

momento era la desmovilización de las tropas rebeldes. Zapata puso en duda la lealtad de los federales, y luego ilustró claramente la naturaleza del problema, tal como él lo sentía:

Zapata se levantó con la carabina en la mano, se acercó hasta donde estaba sentado Madero. Apuntó a la cadena de oro que Madero exhibía en su chaleco. “Mire, señor Madero —dijo—, si yo aprovechándome de que estoy armado le quito su reloj y me lo guardo, y andando el tiempo nos llegamos a encontrar, los dos armados y con igual fuerza, ¿tendría derecho a exigirme su devolución?” Sin duda, le dijo Madero; le pediría inclusive una indemnización. “Pues eso, justamente —terminó diciendo Zapata— es lo que nos ha pasado en el estado de Morelos, en donde unos cuantos hacendados se han apoderado por la fuerza de las tierras de los pueblos. Mis soldados, los campesinos armados y los pueblos todos, me exigen diga a usted, con todo respeto, que desean se proceda desde luego a la restitución de sus tierras.”

Madero, impresionado, canceló compromisos anteriores y aceptó la invitación de ir a Morelos pocos días después. Pero en Morelos y Guerrero, los hacendados y los Figueroa rodearon a Madero de tal forma que lo convencieron de que las fuerzas de Zapata eran hordas bárbaras a las que su jefe era incapaz de controlar y Emiliano fue obligado a desarmar a su gente y conservar únicamente una escolta de cincuenta hombres, con los que se retiró a las montañas, donde capoteó como pudo la enemistad de los federales y del gobierno, confiando en que a la toma de posesión de Madero la situación en Morelos cambiara drásticamente, mientras el

comandante militar del estado, general Victoriano Huerta, lo hostilizaba con agresividad creciente.

Cuando Madero tomó el poder, el 6 de noviembre, Zapata reconcentró a sus hombres en los alrededores de Villa de Ayala y trató de negociar con el gobierno, pero el nuevo presidente, cuya autoridad era desafiada todos los días y desde todos lados, no podía tratar con un rebelde, por más digno de estima que le pareciese, así que exigió la rendición inmediata de Zapata. Desalojado de Villa de Ayala por los federales, Zapata, enfurecido, volvió a remontarse a las montañas. En ellas, Zapata y Otilio Montaña redactaron la versión final de un documento que venían preparando desde semanas atrás, que fecharon el 25 de noviembre en Villa de Ayala, que firmaron todos los oficiales presentes en el remoto pueblecito serrano en que lo proclamaron. El 15 de diciembre, en un acto de miopía política, Madero autorizó la publicación del Plan en *El Diario del Hogar*, que agotó rápidamente una edición doble. A partir de entonces, sus efectos fueron cada vez más graves para el gobierno.

El Plan de Ayala, que según Francois Chevalier y Arnaldo Córdova “constituye la continuación de la historia de los campesinos de Morelos” y es “fruto de la inspiración exclusivamente popular y rural”, representaba “la reacción elemental de los pueblos que veían amenazada su existencia”. Los artículos 6º y 7º del Plan contenían la esencia de la nueva revuelta. El 6º señalaba que los pueblos o ciudadanos que tuvieran los títulos correspondientes a “los terrenos, bosques y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la tiranía y justicia venal”, entrarían en posesión inmediata de dichos bienes, mantenien-

do la posesión “a todo trance, con las armas en la mano”. El 7º decía que siendo una realidad que “la inmensa mayoría” de los pueblos y ciudadanos carecían de medios de vida y sufrían “los horrores de la miseria”, “por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas, por esta causa se expropiarán, previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios, a los poderosos propietarios de ellas, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México, obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor”. Es decir: restitución de las tierras usurpadas, como decía el Plan de San Luis, pero también, expropiación de las no usurpadas para dotación de “pueblos y ciudadanos”.

Los zapatistas empezaban así su propia revolución.

4. El Caudillo del Sur

Tras la publicación del Plan de Ayala hubo nuevos intentos de negociación de Madero con los zapatistas, pero la falta de certeza sobre el cumplimiento de la demanda fundamental de los rebeldes, es decir, la devolución de las tierras usurpadas a los pueblos, así como la presión que ejercieron los mandos del ejército federal y los sectores más conservadores del maderismo, impidieron cualquier acuerdo.

Así se reanudó en Morelos una dispersa lucha contra el gobierno, que más parecía un motín rural que una rebelión. Los jefes agraristas del sur que ya habían reconocido la jefatura de Zapata o se iban sumando a ella, creían, como muchos otros, que el gobierno de Madero no tardaría en caer y lo que les preocupaba era mantener su posición de rebeldía, ahora que sus propósitos eran claros y explícitos

gracias al Plan de Ayala. Esta estrategia bastó, sin embargo, para acorralar a las fuerzas del gobierno en media docena de ciudades y arrebatárles el control del estado, por lo que Madero reaccionó enviando nuevos contingentes federales a las órdenes del general Juvencio Robles, quien encabezó una campaña de terror y aniquilación cuyos efectos principales fueron sumir al estado en el caos económico y aumentar la fuerza y popularidad de Zapata. Fracasada esta estrategia, el gobierno reemplazó a Robles por el general Felipe Ángeles, culto y honorable militar académico, con estudios en Francia, simpatizante del maderismo, que cambió la guerra de exterminio por estrategias moderadas de convencimiento y atracción de los guerrilleros que, combinadas con las primeras declaraciones agrarias del régimen, hicieron que la tranquilidad volviera poco a poco al campo de Morelos y que Emiliano retomara la estrategia de rebeldía más testimonial que activa: viendo las actitudes de Madero y Ángeles, él también estaba dispuesto a esperar, aunque sin dejar las armas.

Pero en febrero de 1913 la situación nacional cambió drásticamente, cuando un cuartelazo militar derribó a Madero —al que los militares asesinaron tres días después—, elevando a la presidencia de la República al general Victoriano Huerta: el mismo que, como comandante militar de Morelos, había saboteado los intentos de acuerdo entre Madero y Zapata en 1911, persiguiendo con saña al Caudillo del Sur. A pesar de que el nuevo gobierno era un evidente intento restaurador y contrarrevolucionario y que en él ocuparan altos cargos algunos de los más señalados enemigos de la revolución popular y del agrarismo, la caída de Madero causó vacilaciones en algunos jefes del sur, que se declararon neutrales o incluso

negociaron con el gobierno de Huerta. Emiliano, sin embargo, mantuvo claramente su postura, fusiló a los emisarios de Victoriano Huerta y pasó a la ofensiva, destruyendo en Jonacatepec una guarnición de 500 federales.

Y luego, el 30 de mayo, publicó un “Acta de rectificaciones y adiciones al Plan de Ayala” en la que se declaraba la guerra a Huerta, un “usurpador cuya presencia en la presidencia de la República acentúa cada vez más y más su carácter contrastable con todo lo que significa la ley, la justicia, el derecho y la moral”. También se declaraba a Zapata jefe supremo de la revolución, sin importarle a los surianos lo que ocurría en Coahuila, donde el gobernador maderista había llamado a un movimiento nacional contra el “usurpador” Huerta, declarándose “Primer Jefe del Ejército Constitucionalista”.

Para entonces Emiliano no sólo era el jefe de los rebeldes de Morelos que enfrentaban la segunda campaña de exterminio de Juvencio Robles: numerosos grupos agraristas habían prohiado el Plan de Ayala y aceptaban su liderazgo nacional, en los estados vecinos de Guerrero, Puebla y México, pero también en Oaxaca, Michoacán, Hidalgo, Sinaloa, Tlaxcala, Chihuahua y otros lugares.

Tres meses después, en agosto, Juvencio Robles lanzó una feroz ofensiva tras la cual informó a Huerta que había destruido por completo las “hordas zapatistas”. En realidad, previendo el ataque, Emiliano había enviado la mayor parte de sus efectivos y sus apoyos a Puebla y a Guerrero, estado cuya difícil geografía aprovechó Zapata correctamente para hacerse de una nueva y sólida base de apoyo, aprovechando que la revolución en el norte del país empezaba a atraer cada vez más hombres y recursos del ejército federal.

Una hábil campaña guerrillera, en la que empleó al máximo el escaso material de guerra de que podía disponer, le permitió a Emiliano mantener ocupados a los federales en Morelos y el sur de Puebla mientras él iba cercando las ciudades de Guerrero. El 24 de marzo de 1914 tomó Chilpancingo y el 8 de abril Iguala, dejando a los huertistas únicamente el puerto de Acapulco. Inmediatamente después, cambió el centro de operaciones a Morelos y el sur del Estado de México, donde pronto tuvo bajo su control todo el campo y las poblaciones pequeñas. A fines de mayo, Emiliano sitió Cuernavaca y arreció la ofensiva en el sur de los estados de México y Puebla y en las poblaciones rurales del sur y el poniente del Distrito Federal.

A la vez que dirigía esta ofensiva final, que coincidía temporalmente con la que en el norte lanzaban los constitucionalistas, Zapata buscó definir cuidadosamente su posición política frente a los revolucionarios norteros, mucho más poderosos en términos militares, con los que pronto tendría que tratar. De ese modo, el 19 de julio Zapata y los principales jefes del sur redactaron un “Acta de Ratificación del Plan de Ayala”, en la que enfatizaban que el objetivo de la revolución era la mejoría económica del pueblo mexicano y no un simple cambio del personal de gobierno. También, se comprometían a no cejar en la lucha hasta que los postulados agraristas del Plan de Ayala se convirtieran en preceptos constitucionales.

De ese modo, cuando el 13 de agosto de 1914 los restos del gobierno de Huerta y del ejército federal se rindieron ante los generales Álvaro Obregón y Lucio Blanco, jefes constitucionalistas que estaban al frente de su ejército a las

puertas de la capital de la República, los zapatistas dominaban los estados de Morelos y Guerrero (salvo Acapulco), el sur de los estados de México y Puebla; formaban un arco de fuego en las poblaciones del sur y el oeste del Distrito Federal, desde Milpa Alta hasta Tacubaya, amenazando la capital de la República; tenían numerosos simpatizantes entre los revolucionarios de otros estados; y habían ratificado su independencia política y su firme voluntad agrarista. Emiliano no era más el charro de Anenecuilco, ahora, al frente de cerca de 30,000 hombres, era el Caudillo del Sur.

5. La cresta de la ola

La derrota de Huerta trajo consigo el colapso del antiguo régimen: en agosto de 1914 culminó la desaparición de los tres poderes de la Unión, los cuatro niveles de gobierno, el ejército federal y demás fuerzas del orden, los periódicos, partidos y demás instituciones políticas y de gobierno forjadas durante el porfiriato. Ahora, los vencedores tenían ante sí la complicada tarea de reconstruir el Estado sobre nuevas bases, lo que puso en primer plano las diferencias preexistentes y sacó a la luz otras nuevas o latentes.

Venustiano Carranza nunca había hecho declaraciones en favor de los pueblos ni del reparto agrario; por el contrario, sus antecedentes e inclinaciones hacían suponer a muchos observadores que se opondría a políticas radicales en materia agraria. Además, los revolucionarios nortños (los de Sonora y Coahuila) reemplazaron al viejo ejército en las posiciones defensivas de la ciudad y el Estado de México frente a los zapatistas, por lo que estos sintieron que habían dormido el 14 de agosto frente a un enemigo, y despertaban el 15 frente a uno nuevo, pero igualmente hostil.

Emiliano no sólo tenía que atender las negociaciones con el poderoso movimiento nortño: también debía enfrentar los efectos de la guerra. El campo de Morelos estaba devastado, las ciudades casi abandonadas, las cosechas no se habían levantado y no había dinero ni recursos. Muchos jefes y soldados zapatistas consideraban que la revolución había terminado y que era el tiempo de asegurar la paz a todo trance, máxime cuando Carranza envió como negociadores a tres hombres sensibles al problema agrario: el general Antonio I. Villarreal y los licenciados Juan Sarabia y Luis Cabrera. Los dos primeros eran de los firmantes del Manifiesto del Partido Liberal Mexicano, de 1906, documento que dio inicio a la lucha frontal contra Díaz; y el tercero había sido socio y compañero de Andrés Molina Enríquez, el brillante sociólogo que demostró en 1909 que el problema más grave y urgente del país era el de la tenencia de la tierra.

Pero Zapata no olvidaba los antecedentes de Carranza, antiguo senador porfirista, y puso condiciones muy estrictas para reconocer al coahuilense, la primera de las cuales era el sometimiento incondicional de los jefes nortños al Plan de Ayala. Carranza, que tenía un concepto muy preciso de la autoridad y del Estado, rechazó las exigencias de Zapata el 5 de septiembre de 1914. Tres días después el Cuartel General zapatista promulgó un decreto para aplicar de inmediato el artículo 8° del Plan de Ayala, que preveía la nacionalización de los bienes de los enemigos de la revolución para repartirlos entre los pueblos. Esto complementaba muchos actos positivos realizados en Morelos y Guerrero desde fines de 1913, cuando muchos pueblos recuperaron las tierras en disputa. Con este decreto, más que con la inflexibilidad

zapatista en las negociaciones, se desafiaba abiertamente la autoridad de Carranza y su proyecto para el país, además de reafirmarse la lealtad de los campesinos del sur al zapatismo.

Pero los surianos no quedaron solos frente a los norteños: las contradicciones de ese movimiento, evidentes desde junio, se formalizaron en ese mismo mes de septiembre cuando la División del Norte constitucionalista rompió abiertamente con Carranza. Los jefes de esa División eran de origen mayoritariamente ranchero y popular y varios de ellos habían defendido las tierras de sus pueblos antes de la revolución. Sus orígenes y aspiraciones los distinguían del grueso de los jefes carrancistas del Noroeste y del Noreste, que provenían de familias acomodadas o clasemedieras. Cuando fuerzas que serían de la División del Norte dominaron el estado de Durango, aplicaron ahí una ley agraria radical; y cuando el jefe de la División, Pancho Villa, ocupó Chihuahua, expropió de inmediato los bienes de los latifundistas. Todas estas acciones tendían a acercar a los villistas con los zapatistas y Emiliano envió de inmediato mensajeros a Pancho Villa.

La guerra entre villistas y constitucionalistas se pospuso cuando un grupo de generales de ambos bandos logró que se convocara a una asamblea pacificadora que, al reunirse en Aguascalientes el 10 de octubre se declaró Soberana Convención Revolucionaria y envió una delegación a Cuernavaca a invitar a los surianos a tomar parte en la asamblea. Zapata recibió a los enviados de la Convención de manera muy distinta que a los carrancistas. Destacaban entre ellos Felipe Ángeles, aquel general que puso fin en 1912 a

la terrible campaña de destrucción de Morelos y que ahora era jefe de la artillería villista; y Calixto Contreras, el general norteño de más claros antecedentes y práctica agraristas. En Aguascalientes se fraguó la alianza político-militar entre los villistas y los zapatistas en torno a las demandas agraristas y democráticas que ambos grupos compartían. Ahí también, los norteños hicieron suyo el Plan de Ayala.

El avance de las tendencias populares y agrarias de la revolución provocó la ruptura de Carranza con la Convención, con lo que el 10 de noviembre de 1914 inició una nueva guerra, que enfrentaría a los villistas y zapatistas unidos, contra los carrancistas. Esta, que sería la guerra civil más violenta de la historia de México, inició con el avance de la División del Norte al centro del país y la evacuación carrancista de la capital de la República, que fue ocupada por las fuerzas de Emiliano Zapata.

La ocupación de la capital por los ejércitos campesinos marca el punto más alto de la Revolución Mexicana, la cresta de la ola. Los zapatistas se habían abstenido de hacer una entrada triunfal, para esperar a sus nuevos aliados, de los que Emiliano todavía desconfiaba. Para vencer los recelos del caudillo suriano, Pancho Villa dejó a su ejército en Tacuba y marchó con una pequeña escolta a Xochimilco, donde se produjo el primer encuentro entre los dos legendarios líderes populares que, tras la timidez inicial—como la de “dos novios campesinos”, señala John Womack, el mayor biógrafo de Zapata—, se entendieron cabalmente y diseñaron la continuación de la guerra que llevaría por fin la justicia al campo mexicano. Dos días después Pancho y Emiliano desfilaron por las calles de México al frente de treinta o cuarenta mil

hombres y se retrataron sentados, rodeados de algunos íntimos y de gente llana que se coló, sentados en los elegantes sillones de Palacio Nacional: ahora sí, parecía que la revolución de los campesinos había ganado.

Pero el enemigo de los ejércitos campesinos era mucho más poderoso de lo que nos han hecho creer: tenía un sólido gobierno en Veracruz, recursos económicos más cuantiosos y significativos, un ejército fogueado y generales capaces y decididos. Emiliano tomó parte directa en el inicio de la lucha, tomando Puebla a sangre y fuego pero luego, por razones que nunca se han explicado satisfactoriamente, se retiró a Morelos y sólo dejó a algunos contingentes aliados y escasas fuerzas propias en los lugares en que Pancho Villa los necesitaba con angustia creciente. De ese modo, durante 1915, mientras en el resto del país se decidía el destino de la revolución en incontables campos de batalla, Morelos estuvo en paz y los zapatistas llevaron a la práctica sus propósitos.

6. “La comuna de Morelos”

La aplicación del Plan de Ayala en Morelos se tradujo en la liquidación de los latifundios. Las recuperaciones iniciadas desde 1911 y la expropiación de 1914 dieron paso a la formalización de las restituciones y el reparto agrario, la reconversión de muchas tierras cañeras a la siembra de maíz, así como a la administración militar de los pocos ingenios azucareros que continuaron funcionando.

En diciembre de 1914 uno de los principales compañeros y asesores de Zapata, Manuel Palafox, fue nombrado secretario de Agricultura de la Convención. Un periodista le preguntó si pensaba “estudiar la cuestión agraria” y él repli-

có: “No señor. La cuestión agraria la tengo ampliamente estudiada. Me dedicaré a resolverla”. Y así lo hizo: de inmediato fundó un banco de crédito rural, ordenó el establecimiento de escuelas técnicas de agricultura y abrió oficinas para el reparto de tierras en regiones fuera de Morelos.

En enero de 1915 llegaron a Morelos las Comisiones Agrarias formadas por unos cuarenta estudiantes de la Escuela Nacional de Agricultura y representantes de los pueblos, que se encargaron de hacer los deslindes de los terrenos que serían devueltos a los pueblos o repartidos conforme al Plan de Ayala, cuyos artículos 6º, 7º y 8º tenían ahora fuerza de ley para los convencionistas. Los jóvenes agrónomos tuvieron que revisar los viejos títulos de propiedad, mediar en las disputas entre pueblos vecinos y finalmente, atender las voces de los ancianos y los hombres con autoridad, e incluso las del propio Zapata, para adjudicar a cada uno de los pueblos las tierras que les correspondían. En el mes de marzo, Emiliano escribió al presidente de la Convención, Roque González Garza: “Lo relativo a la cuestión agraria está resuelto de manera definitiva, pues los diferentes pueblos del estado, de acuerdo con los títulos que amparan sus propiedades, han entrado en posesión de dichos terrenos”.

En 1915, los zapatistas fueron más radicales en la práctica del agrarismo de lo que propusieron en el Plan de Ayala, en 1911. Muestra de su nuevo radicalismo, resultado de la práctica revolucionaria, fueron acciones como la distribución de muchas tierras de las haciendas en función no sólo de los viejos títulos sino de las necesidades de los pueblos, la expropiación sin indemnización de ingenios y destilerías de los “enemigos de la revolución” y su administración

militar: en marzo de 1915 funcionaban cuatro ingenios, bajo la supervisión de los generales Genovevo de la O, Amador Salazar, Emigdio Marmolejo y Lorenzo Vázquez. Los recursos obtenidos de estos ingenios se destinaban a los gastos militares del Ejército Libertador del Sur y a la atención de viudas y huérfanos de revolucionarios.

Cuando llegó la época, por primera vez en años todos los campos de Morelos fueron sembrados, pero no con la caña o el arroz de los hacendados, sino con el maíz y el frijol de los pueblos. Emiliano trataba de convencerlos de que también sembraran caña para los ingenios pero lo logró en muy pequeña escala. Sin embargo, el nivel de vida y las relaciones sociales mejoraron notablemente, gracias a la abundancia de comida, a la ausencia de conflictos entre los pueblos y a la inexistencia de los hacendados, que habían huido en masa del estado.

Durante varios meses, el ambiente de Morelos fue el de una utopía aldeana, donde todos hacían alarde de pobreza sin serlo del todo, donde las fiestas campiranas convocaban a la agente y donde Emiliano dirigía la vida pública y dirimía los escasos conflictos desde el pequeño pueblo de Tlaltizapán. Parecía tan buena la vida que cuando aparecieron en el norte del país los anuncios de la ruina de la revolución campesina, nadie en Morelos quiso entenderlos, hasta que fue demasiado tarde. Pancho Villa fue derrotado en el bajío entre abril y junio; la poderosa División del Norte fue echada de Jalisco, de la Huasteca y del Noreste, y los carrancistas ocuparon definitivamente la ciudad de México.

Sólo cuando Villa había perdido la guerra, Zapata regresó a la acción lanzando en septiembre fuertes ataques

sobre la ciudad de México, pero los carrancistas lo hicieron retroceder por todas partes. Aún así, los campesinos de Morelos pensaban que, como Madero o como Huerta, Carranza habría de caer pronto, y no respaldaron con energía la ofensiva de Emiliano. Pero el régimen que fundaría Carranza no era una reedición frágil del porfiriato, sino la vigorosa y duradera cara de un nuevo Estado fundado por la burguesía emergente del norte del país, cuyos generales fueron ocupando las ciudades y pueblos de los estados vecinos de Morelos, en los últimos meses de 1915. Como dice Womack, la ruina del zapatismo “no fue un derrumbamiento, sino un confuso, amargo y desgarrador ir cediendo”.

7. La derrota.

A fines de noviembre de 1915 Carranza anunció el inicio de la “campana definitiva” contra el zapatismo y aunque las primeras operaciones fueron rechazadas por Emiliano y sus generales en los límites de Morelos, en abril de 1916 el general carrancista Pablo González llegó hasta Cuernavaca al frente de más de 20,000 hombres.

Don Pablo, militar eficaz y sistemático pero poco brillante, reeditó en Morelos la campana de exterminio instrumentada en 1912 por Juvencio Robles, con la diferencia de que no mandaba al ejército de un régimen en declive, sino a los soldados de un Estado emergente y vigoroso. Sus hombres se portaban como conquistadores y los fusilamientos, deportaciones, incendios y saqueos, volvieron a despoblar los campos de Morelos, cuyos habitantes, aterrorizados, se refugiaron en las montañas de Guerrero o en las ciudades bajo control carrancista.

Cuando las fuerzas de Pablo González tomaron el risueño pueblecito de Tlatizapán, la capital zapatista, en junio de 1916, todo parecía indicar que la revolución agraria del sur había fracasado completamente y que lo que los campesinos habían hecho para cambiar su país y su realidad había sido un sangriento error. Creyéndose dueño de Morelos, don Pablo inició el saqueo sistemático del estado y reprimió con saña a los pueblos. Emiliano recurrió entonces a la estrategia guerrillera que antaño le había dado buenos resultados y sacó a sus hombres de Morelos, atacando a las fuerzas del gobierno en Guerrero, Puebla y el Estado de México. Trenes, ingenios, fábricas y minas fueron los blancos favoritos de los zapatistas. Y cuando acabó 1916, los carrancistas tuvieron que reconocer su fracaso: fuera de tres o cuatro ciudades, Morelos era tan zapatista como siempre. En enero de 1917 don Pablo y sus soldados, cargando todo lo que habían saqueado, abandonaron el estado y Emiliano pudo reorganizar la vida de los pueblos como en 1915.

Otra vez hubo paz en Morelos, pero la lucha seguía en Puebla y Guerrero y el gobierno preparaba cuidadosamente una nueva ofensiva, iniciada en noviembre de 1917. Treinta mil soldados carrancistas rodearon Morelos y desmontaron las defensas montadas por Emiliano. Don Pablo había aprendido de sus errores y avanzó mucho más lentamente, ocupando Cuautla y el oriente del estado, buscando no la destrucción de las guerrillas zapatistas, sino la reducción sistemática de sus bases de apoyo. La pobreza de los pueblos se convertía en miseria y en 1918 no hubo semilla para sembrar los campos. Los carrancistas pensaban ahora acabar por hambre al zapatismo.

Desesperado, Emiliano buscó alianzas nacionales que aflojaran la presión que asfixiaba a Morelos. Buscó a su viejo aliado Pancho Villa, negoció con anticarrancistas de varios estados, intentó comprar a oficiales pablistas, tendió puentes de entendimiento con los políticos y militares cercanos a Álvaro Obregón, el vencedor de Pancho Villa que cada vez tomaban mayor distancia de Carranza, cuya política agraria parecía reducirse al restablecimiento de la situación anterior a 1910. En vano. Pasó 1918 y don Pablo no avanzó, pero sí lo hicieron la asfixia y el hambre, que aumentaban junto con la angustia de Zapata.

En 1919 el hambre trajo una epidemia de influenza que devastó al estado con más eficacia que los soldados enemigos. Los cadáveres se acumulaban en los pueblos. Cuernavaca y Cuautla parecían ciudades fantasmas. Patrullas pablistas descubrían pueblos enteros completamente abandonados. Y don Pablo aprovechó esas circunstancias para avanzar. Con once mil hombres recuperó Cuernavaca, Yautepec, Jojutla, Tetecala y Tlaltizapan, poniendo fuertes guarniciones por todos lados. Pero la resistencia zapatista continuó en todo el sur.

Finalmente, don Pablo entendió que no había manera de acabar con la organización zapatista ni con la voluntad de los pueblos. Nadie estaba dispuesto a entregar a Emiliano y este no pensaba entrar en negociaciones con un gobierno que rechazaba los principios del Plan de Ayala y cuyo agente en Morelos, Pablo González, estaba regresando a los hacendados sus tierras y sus ingenios. Pero no era una lucha del todo desesperada: se acercaban las elecciones presidenciales de 1920 y muchos revolucionarios que criticaban

abiertamente la ausencia de política social del carrancismo, se agrupaban en torno a la candidatura de Álvaro Obregón, cuyos operadores políticos negociaban en secreto con los zapatistas. Ante la incapacidad de erradicar la lucha campesina y la cercanía de tan compleja coyuntura, don Pablo decidió acabar con Zapata a traición.

Un oficial pablista, Jesus Guajardo, fue arrestado por un acto de indisciplina. En su desesperada búsqueda de aliados, Emiliano le envió una carta invitándolo a unirse a su causa. Don Pablo interceptó la carta y concretó su decisión: ordenaría a Guajardo que le siguiese el juego a Zapata hasta conseguir atraparlo muerto o vivo. Carranza autorizó el plan y Guajardo lo puso en práctica declarándose en rebelión contra el gobierno y fusilando a algunos zapatistas traidores cuya ejecución pidió Emiliano en prueba de buena fe.

Y entonces, Emiliano aceptó la invitación de su nuevo aliado. Se reunieron el 9 de abril cerca de Tepalcingo y acordaron encontrarse al día siguiente en la hacienda de Chinameca, para ultimar los detalles de un plan de operaciones militares contra Jojutla y Tlaltizapán. Al amanecer del día siguiente Zapata, con 150 hombres, salió de su escondite en las montañas y cabalgó hacia aquella hacienda. Se reunió con Guajardo afuera de la hacienda y durante varias horas le dio instrucciones precisas. A la hora de comer, Guajardo invitó a Zapata a pasar a la hacienda. A la entrada había un grupo de soldados que presentaron armas cuando el clarín tocó tres veces llamada de honor. Al apagarse la última nota, los soldados dispararon a quemarropa, matando instantáneamente al jefe Zapata y a tres de sus acompañantes.

8. “¡Zapata Vive!”

Pablo González montó un gran espectáculo en Cuautla y miles de personas llegaron desde los pueblos vecinos para ver el cadáver. Muchos lloraron, pero muchos más se negaron a aceptar el hecho: “Ése no es Zapata —decían los campesinos. Miliano tenía verruga en la mejilla derecha y este no la tiene”. “Éste no es Zapata —afirmaban los pobres— Yo lo vi cabalgando hacia las montañas de Guerrero.” “Éste no es Zapata —decían otros. Mandó a su primo, que se le parece, a palabrear con el traidor Guajardo y él sigue escondido en las montañas.”

Muchos revolucionarios oficiales reaccionaron con ira. Para hombres como Salvador Alvarado, Francisco J. Múgica o Aarón Sáenz, los premios dados a Guajardo eran una deshonra para el ejército, y el asesinato a mansalva del caudillo agrarista demostraba que el régimen de Carranza no tenía remedio. Solo trece meses después don Venustiano seguiría el camino de Zapata y sus enemigos victoriosos reivindicarían la figura del Caudillo del Sur y se aliarían con sus herederos.

Por lo pronto, estos herederos continuaron la lucha. Sólo cinco días después de la emboscada de Chinameca se hizo público un manifiesto a la nación en el que se llamaba a consumir la obra de Zapata, “vengar la sangre del mártir y seguir el ejemplo del héroe”, y firmaban treinta y cuatro generales zapatistas, entre los que destacaban Gildardo Magaña, Genovevo de la O, Francisco Mendoza, Jesús Capistrán, Fortino Ayaquica y otros, irreductibles compañeros de Zapata desde 1911.

Un año más siguió la lucha de los desesperados, hasta que los revolucionarios de Sonora se levantaron en armas contra Carranza, secundando la candidatura de Obregón. Los zapatistas se aliaron a este movimiento y en mayo de 1920 estaban otra vez, como en 1914, del lado de los vencedores, pero esta vez eran unos vencedores definitivos. Por fin volvió la paz a Morelos. Los soldados y oficiales zapatistas que así lo quisieron fueron asimilados al Ejército Nacional. Genovevo de la O fue nombrado comandante militar de Morelos y era, de hecho, la máxima autoridad del estado. Varios secretarios y consejeros de Emiliano, encabezados por Antonio Díaz Soto y Gama, fundaron el Partido Nacional Agrario, uno de los bastiones políticos del obregonismo e instrumento permanente de presión agrarista. Y, sobre todo, y el gobierno de Álvaro Obregón legalizó buena parte de los repartos agrarios hechos por las Comisiones Agrarias en 1915. Siete años después, sólo cinco haciendas funcionaban en Morelos y más de 120 pueblos cultivaban las tierras de sus ejidos: parecía que Emiliano había triunfado después de muerto y que miraba la nueva realidad de su terruño desde el frío pedestal de las estatuas.

Pero el triunfo había sido a medias: faltaban las instituciones educativas y financieras para hacer próspera la tierra repartida; faltaban la democracia política y la justicia social; la corrupción y la desidia oficial convirtieron a los campesinos en sirvientes amarrados a deudas impagables con los bancos estatales; y pronto los campesinos de Morelos y del resto del país retomaron la lucha por otras vías, bajando a Emiliano de las estatuas y convirtiéndolo en bandera de lucha y mito popular. El “¡Zapata Vive!” no expresaba sola-

mente el sueño de que Miliano, en carne y hueso, siguiera vivo, sino, sobre todo, la nueva voluntad de resistencia que acompañó la lucha del “agrarismo rojo” de los años veinte; el apoyo a la reforma agraria cardenista en los treinta; el movimiento de Rubén Jaramillo en los cuarenta y los cincuenta; las guerrillas de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en los sesenta y setenta; el nuevo agrarismo de organizaciones que se llamaban Coordinadora Nacional Plan de Ayala, Unión de Comuneros Emiliano Zapata, Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata y tantas otras, en los setenta y ochenta; y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en los noventa.

Evidentemente, Zapata vive.

PANCHO VILLA

1. Un peón de Durango llamado Doroteo Arango

Pancho Villa era un hombre enamorado de su propio mito: cuando se convirtió en un famoso caudillo revolucionario contó tantas leyendas sobre sí mismo que, sumadas a las que tejieron amigos y enemigos, han hecho extremadamente difícil desentrañar el significado histórico de su vigorosa figura. Las leyendas sobre Pancho Villa, lo mismo “Robin Hood mexicano” que “Quinto jinete del Apocalipsis”, contagian las demasiadas páginas escritas sobre él. Los historiadores han tenido que trabajar mucho para rescatar la verdad histórica de entre tantas capas de mito.

Nacido en el rancho de La Coyotada, municipio de San Juan del Río, Durango, en 1878, en el seno de una familia de campesinos pobres, Doroteo Arango Arámbula perdió a su padre siendo niño y desde entonces trabajó como peón o mediero en una hacienda, para colaborar en la manutención de su familia.

A los 16 o 17 años, Doroteo abandonó la penosa vida del peón de campo para dedicarse al más productivo y aventurero oficio de salteador de caminos. Se echó al monte, según la leyenda cultivada por el mismo Villa, porque el patrón intentó abusar de su hermana, aunque ya apuntaba

John Reed en 1914, “es más probable que la causa haya sido la insoportable altanería de Villa”. La leyenda construida en los años de gloria de Pancho Villa, lo pinta como un Robin Hood de las sierras de Durango, pero la evidencia lo muestra como un bandido de poca monta que alguna vez conoció la cárcel y que pasó unos meses como recluta en el ejército, arrastrado por la leva.

Hacia 1901 o 1902, luego de desertar del ejército, Doroteo Arango, ya con el nombre de Pancho Villa (la elección de ese nombre también ha suscitado acaloradas discusiones), se trasladó al vecino estado de Chihuahua para escapar de la justicia. En el estado grande realizó actividades legales, tanto la muy humilde de peón de albañil, como la audaz y respetada de conductor de metales preciosos desde la sierra hasta las estaciones del ferrocarril; combinándolas con el robo de ganado, actividad ilegal que no era mal vista en Chihuahua, pues para muchos hombres del campo (que durante dos siglos habían considerado que las vastas llanuras de Chihuahua eran un coto abierto en el que cualquiera podía cazar), los terratenientes se habían apoderado injustamente de las tierras que ahora poseían, violando costumbres profundamente arraigadas. Robarle animales a esos hacendados no era considerado un delito, sino la restauración de derechos tradicionales.

Esta tolerancia social del abigeato se explica, pues, por los agravios infligidos a los pueblos de Chihuahua durante el porfiriato, que habían sido despojados de importantes recursos en tierras y aguas por los hacendados, en complicidad con los gobiernos local y federal. También sufrieron la reducción sistemática de las libertades políticas e

individuales, a costa de su secular tradición de autonomía y democracia municipal.

En 1910 estos agravios confluyeron con el llamado a la rebelión hecho por don Pancho Madero para llevar masivamente a los rancheros de Chihuahua a la revolución. Estos rancheros fueron la columna vertebral de la rebelión maderista y Pancho Villa fue desde el principio uno de sus jefes más respetados. Para entonces, Pancho tenía 32 años. Era un jinete infatigable y diestrísimo, infalible tirador de pistola y magnífico conocedor de las sierras, parajes y caminos del sur y occidente de Chihuahua. Había dirigido a pequeños grupos de hombres armados, lo mismo abigeos que arrieros de las minas. Era de buena presencia y de fácil trato, salvo en sus momentos de cólera, que podían ser terribles. Odiaba con encono (de hecho, su odio por los hacendados parece ser una de las principales causas que lo llevó a la lucha armada) y apreciaba el valor y la lealtad como virtudes cardinales. Era decidido y poseía una inagotable energía. No fumaba ni bebía, pero era extremadamente mujeriego.

Tenía una inteligencia natural poco común, muy aguda, pero muy escasamente cultivada: aún se discute si para 1910 sabía leer y escribir o aprendió esas artes en la cárcel, en 1912, de la mano del general zapatista Gildardo Magaña. Por varias de estas cualidades, es probable que don Abraham González, jefe del maderismo en Chihuahua, viera en él una adquisición preciosa para la lucha guerrillera, pero que nunca imaginara en él otra cosa que un buen capitán de guerrilla. Todo esto indica que varias de sus características como jefe militar podían presuponerse en su experiencia anterior, pero sus verdaderas cualidades caris-

máticas como conductor de hombres, como *caudillo* revolucionario, sólo aparecerían en la lucha.

2. Pancho se convierte en el general Villa

Fue don Abraham González quien invitó a Pancho Villa a la revolución. A sus poco más de cincuenta años, descendiente de poderosos políticos y empresarios de la sierra de Chihuahua venidos a menos durante el porfiriato, con estudios de comercio en los Estados Unidos y mediano empresario de relativo éxito, don Abraham representaba cabalmente a las clases y aspiraciones que habían dado vida al maderismo, como un movimiento político que había buscado una transición pacífica de la dictadura porfiriana a formas políticas más modernas, a la vez que una transición generacional del poder, así como el reemplazo del grupo dominante, formado por los terratenientes y los operadores de las grandes empresas transnacionales, por los empresarios y las clases medias fortalecidas durante el porfiriato.

Cuando el gobierno cerró las posibilidades de esta transición pacífica, Francisco I. Madero llamó a los mexicanos a restablecer el orden constitucional por la vía de las armas y fue entonces cuando don Abraham invitó a Pancho Villa a la lucha. El 21 de noviembre de 1910 Pancho libró su primer combate como jefe revolucionario y, aunque fue derrotado por las fuerzas del gobierno, demostró su carisma, su capacidad de mando y su enorme valor personal y durante los meses siguientes consolidó esas características a la vez que aprendía, sobre el terreno, las reglas elementales de la lucha guerrillera.

De ese modo, cuando Porfirio Díaz renunció al poder, obligado por la revolución, Pancho Villa era reconocido como el segundo jefe militar de la revolución en Chihuahua, por debajo de Pascual Orozco, y uno de los más famosos en todo el país. Esto se debía a la centralidad de Chihuahua en la revolución maderista: Madero creía que su llamado a las armas tendría una respuesta masiva y espectacular. Pensaba que más que una guerra civil, una especie de huelga armada derribaría en pocos días a la dictadura, pero estos planes fallaron por completo: el 20 de noviembre apenas una ciudad de mediana importancia, Gómez Palacio, Durango, cayó en manos de los rebeldes, inmediatamente batidos por el ejército, y sólo remotas poblaciones en diversos estados fueron controladas por grupos de hombres que se pronunciaron contra el gobierno.

Fue en el estado de Chihuahua donde se produjeron los más significativos de estos pronunciamientos y donde, en menos de una semana, los rebeldes obtuvieron resonantes victorias en escaramuzas todavía poco importantes, pero que empezaban a preocupar al gobierno por el incremento notable de la revuelta. Antes de que terminara el mes, fuertes contingentes de soldados federales empezaron a llegar al estado grande. El ruido que los chihuahuenses hicieron y la entrada de Madero al país para ponerse al frente de la revuelta, fueron poderosas inyecciones al ánimo de los maderistas de todo el país, lo que alentó la multiplicación de las partidas rebeldes a partir de febrero de 1911, hasta llegar a un punto, en mayo, en que los sueños maderistas del levantamiento masivo de la ciudadanía parecían acercarse a la realidad.

Fue pues el éxito o la persistencia de los guerrilleros de Chihuahua lo que permitió el levantamiento nacional que entre febrero y mayo de 1911 rebasó la capacidad de respuesta de las fuerzas del gobierno y precipitó su caída. Pero no fue sólo la potencia de la revuelta chihuahuense, sino la personalidad de sus jefes, lo que sorprendió por igual al gobierno y a los jefes políticos del maderismo. Pascual Orozco y Pancho Villa, así como sus capitanes, eran rudos hombres del campo, iletrados y violentos, que encarnaron los agravios y rencores de los rancheros de Chihuahua, despojados durante el porfiriato de su autonomía política y de buena parte de sus tierras.

Aunque muchos de sus capitanes habían sido dirigentes de sus pueblos en esas luchas, Pancho Villa no tenía más antecedentes políticos —si así pueden llamarse— que su odio a los hacendados de Durango y Chihuahua, pero ya en la revolución, el contacto cotidiano con capitanes como Toribio Ortega y Porfirio Talamantes lo convirtieron en el vocero, frente a Abraham González, de las demandas y las razones de estos rebeldes campesinos.

Pero antes de convertirse en el jefe indiscutible de toda esa gente, Pancho, como tantos otros rebeldes, fue desmovilizado tras la caída del gobierno de Díaz, y durante varios meses se dedicó a la pacífica actividad de carnicero, gracias a un dinerito que le donó personalmente Pancho Madero, de quien Villa se había vuelto ferviente y apasionado admirador. También se casó con Luz Corral y puso una casita en Chihuahua, a donde llegaban muchos de los capitanes rancheros de paso por la ciudad en sus gestiones frente al gobierno del estado.

Pero esa vida pacífica no podía durar, porque el país estaba cada vez más revuelto. La caída del régimen de Díaz derribó los diques puestos a todos los agravios, injusticias y desigualdades generadas por su largo mandato, y el gobierno de Madero, situado entre las demandas populares y la resistencia de las clases dominantes y los porfiristas, tuvo que enfrentar rebeliones agrarias y cuartelazos militares casi sin tregua durante sus escasos quince meses de duración. Y cuando Pascual Orozco se puso al frente de los rebeldes antimaderistas del norte, en febrero de 1912, Pancho regresó a la lucha, al frente de sus hombres, ahora en defensa del gobierno.

Durante la campaña contra Orozco, Pancho fue el jefe de los exploradores de vanguardia de las fuerzas del gobierno, que mandaba el general en jefe, Victoriano Huerta. Ahí aprendió cómo se mueve y cómo debe maniobrar una fuerte columna militar, el uso de la artillería de campaña, las ventajas de la infantería sobre la caballería en las batallas formales... y también que los representantes del antiguo régimen odiaban con encono a los revolucionarios: con un pretexto baladí, Victoriano Huerta ordenó que lo ejecutaran y sólo la intervención de dos oficiales del ejército y de los hermanos de Madero que acompañaban a la columna, salvó su vida cuando estaba ya frente al pelotón de fusilamiento.

Entonces, Pancho conoció esa escuela de tantos revolucionarios: la cárcel. Algunas fuentes dicen que ahí le enseñó a leer y escribir el general zapatista Gildardo Magaña, pero aunque así no hubiera sido, si conoció las demandas y las razones del movimiento agrario del sur y, ade-

más, leyó sus primeros dos libros, *Los tres mosqueteros* y *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. También se enteró de las conspiraciones militares contra el gobierno de Madero, que denunció inmediatamente después de fugarse de la cárcel, el 26 de diciembre de 1912. Exiliado en Texas, Pancho contó a un enviado de don Abraham González lo que fraguaban los militares que, finalmente, iniciaron el cuartelazo del 9 de febrero que terminó unos días después con la renuncia forzada de Madero a la presidencia y su asesinato por órdenes del presidente impuesto por los militares, el general Victoriano Huerta.

3. La campaña de 1913

Entonces, como tantos antiguos maderistas, Pancho inició su tercera campaña militar, ahora contra el régimen de Huerta: el 8 de marzo de 1913, con ocho compañeros, se internó al territorio nacional y en unos días volvió a reunir a sus antiguos soldados. Un mes después, ya con una base de operaciones conquistada, escribió al gobernador que los militares impusieron en Chihuahua tras asesinar a Abraham González. Le decía que habiéndose enterado que el gobierno había solicitado su extradición, decidió ahorrarle las molestias: “aquí me tiene ya en México, propuesto a combatir la tiranía que defiende usted, o sea, la de Victoriano Huerta y todos sus secuaces”.

Entre marzo y agosto de 1913 Pancho Villa organizó una brigada de más de mil hombres, se ganó a la base social de Pascual Orozco (que ahora apoyaba a Huerta) mediante una original campaña política, que incluía la distribución de los productos de las haciendas y otros actos de

elemental justicia social, quitando así al gobierno de Huerta el apoyo que tenía en el estado. Al mismo tiempo, impuso a sus hombres una disciplina y entrenamiento militar hasta entonces desconocida entre los guerrilleros de Chihuahua, ganándose el respeto de los vecinos de los pueblos que ocupaba.

Por fin, en agosto abandonó la zona que dominaba en el noroeste de Chihuahua, acercándose a la capital del estado al frente de una brigada de 1,300 hombres bien armados y entrenados, entusiastas seguidores suyos. El 26 de agosto de 1913 las fuerzas de Pancho Villa tomaron San Andrés, en la primera verdadera batalla dirigida por el famoso guerrillero: un millar de villistas despedazaron a 980 gobiernistas y se apoderaron de un valioso botín de guerra. Inmediatamente después, el Centauro del Norte guió a sus hombres a una de esas brutales cabalgatas que habrían de hacerlos famosos, y tras despistar por completo a sus enemigos, apareció a mediados de septiembre en el sureste de Chihuahua, donde se le unieron Trinidad Rodríguez, Maclovio Herrera y Tomás Urbina con unos 1,500 soldados.

Entonces, Pancho envió mensajeros a los jefes populares de Chihuahua, Durango y La Laguna, que habían desarrollado una eficaz campaña guerrillera, arrebatando al gobierno el control de vastas regiones y algunas ciudades importantes, pero que no reconocían más jefatura común que la lejana y difusa de Venustiano Carranza y que habían sido incapaces de unirse para librar con efectividad campañas formales. A todos ellos los citó en la Hacienda de La Loma, Durango, para decidir entre todos la toma de la importantísima ciudad de Torreón.

El 29 de septiembre de 1913 llegaron a la cita con Pancho Villa los contingentes de la revolución popular en el norte. Los principales jefes se reunieron en la casa grande de la hacienda, y Pancho tomó la palabra diciendo que las necesidades de la campaña exigían la unificación de todas esas fuerzas bajo un mando común, por lo que proponía que de inmediato se eligiera, de entre los presentes, a un jefe que asumiera dicha responsabilidad, para lo cual Pancho Villa se proponía a sí mismo, o a Tomás Urbina y Calixto Contreras como opciones alternativas.

Siguieron en el uso de la palabra varios de los presentes sin hacer otra cosa que darle vueltas al asunto, hasta que el coronel Juan N. Medina, jefe de Estado Mayor de la Brigada Villa, explicó claramente la situación, mostrando que cuanto podía alcanzarse mediante la lucha guerrillera se había alcanzado ya, y que era llegado el momento de pasar a la guerra regular o ceder la iniciativa al enemigo, y la guerra regular, dijo, requería una organización superior y una indiscutible unidad de mando. Finalmente, reiteró las candidaturas de los generales Villa, Urbina y Contreras, y la del coronel Juan E. García.

A la exposición de Medina siguió un instante de silencio que interrumpió el general Calixto Contreras, prestigiado dirigente agrarista y jefe de los rebeldes del oriente de Durango, quien se puso de pie y tras rechazar su candidatura por no considerarse capacitado para asumir la enorme responsabilidad que el nuevo mando implicaba, resaltó, como contó después un testigo presencial, “el prestigio del general Villa, como hombre de armas y experiencia, indiscutible valor y capacidad organizadora y pide a todos que

reconozcan a Francisco Villa como jefe de la División del Norte”. Entonces terminaron las vacilaciones y todos a una voz aclamaron a Pancho como jefe de la poderosa unidad de combate que nacía en ese momento.

Los caudillos que eligieron a Pancho Villa como jefe tuvieron siempre la conciencia de que éste les debía su mando y era responsable sólo ante ellos, tanto como ellos eran responsables ante sus hombres. Alguna vez, puesto en tela de juicio el mando de Pancho Villa, los jefes de brigada expresaron claramente a Venustiano Carranza la convicción de que el mando de Villa, la legitimidad revolucionaria del movimiento norteño, emanaba de ellos en tanto jefes a la vez que representantes de sus soldados.

Por lo pronto, en cuanto obtuvo la jefatura de la División, Pancho Villa trazó el plan de ataque contra Lerdo, Gómez Palacio y Torreón, cuyas guarniciones habían sido reforzadas hasta alcanzar los 5000 hombres. El ataque inició el mismo día 29 y terminó con la evacuación de Torreón por sus últimos defensores, el 1º de octubre. Le habían bastado tres días a Pancho Villa para tomar la ciudad, siendo puntualmente obedecido por todos los contingentes que lo acababan de elegir como jefe. Así empezó a convertir a los revolucionarios de Durango y La Laguna, que para Carranza eran “chusmas indisciplinadas”, en cuerpos bien organizados. Pancho Villa sabía imponer la disciplina con rigor, pero más importante que eso, era que los soldados revolucionarios aceptaron sus drásticas disposiciones. No sabemos por qué lo hicieron, pero podemos suponer que la capacidad demostrada por Villa, la fácil comunicación que tenía con los soldados, cuyo lenguaje hablaba y cuyos

problemas entendía, y la leyenda que sobre él se había ido construyendo, fueron factores que influyeron.

Conquistada la industriosa Perla de la Laguna, Pancho Villa decidió no defenderse ahí de los ejércitos que el gobierno envió en contra suya desde Chihuahua y Saltillo, sino que emprendió una audaz ofensiva sobre Chihuahua, que le dio el control del estado grande luego de una aparente derrota en Chihuahua, la brillante toma de Ciudad Juárez y la sorprendente victoria en la batalla campal de Tierra Blanca, en la que despedazó en campo abierto a las fuerzas del gobierno, mandando a varios miles de hombres y utilizando con acierto la infantería, la artillería y las reservas.

4. El gobernador revolucionario

El 8 de diciembre Pancho hizo su entrada triunfal a la ciudad de Chihuahua al frente de sus hombres, y los generales de la División del Norte lo nombraron gobernador del estado. Para entonces, Chihuahua llevaba tres años en una guerra que había destruido buena parte de su vital sistema ferroviario, mermado los hatos ganaderos y obligado a cerrar a muchas fábricas y minas. Faltaban trabajo, alimento y dinero. La población estaba muy dividida, pues había simpatizantes del antiguo régimen y de Orozco, y en los últimos meses la prensa había hecho fuerte propaganda, mostrando a Pancho como un sanguinario criminal.

Pancho Villa había palpado los sentimientos de desilusión y amargura de numerosos revolucionarios, por lo poco que obtuvieron durante el gobierno maderista, y sabía que tenía que ofrecer resultados concretos a las demandas populares, sin enajenarse las simpatías de los sectores ma-

deristas de la clase media. Para enfrentar los retos que suponía la administración de un estado enorme y complejo, Villa recurrió a un puñado de hombres con estudios formales, exfuncionarios del gobierno de Abraham González, que habían formado la Junta Constitucionalista de El Paso. Destacaba entre ellos Silvestre Terrazas, prestigiado periodista de oposición al porfiriato (y a su variante chihuahuense, el “clan Terrazas-Creel”), a quien Pancho encomendó la Secretaría General de Gobierno, desde la que dirigiría la administración pública, a la sombra de Villa y siguiendo sus instrucciones.

Luego de algunas disposiciones tendientes a regularizar la administración pública y los servicios ferroviarios y telegráficos, y de atender las necesidades inmediatas de la población, el 12 de diciembre Pancho Villa hizo publicar un documento espectacular y de hondas repercusiones, algunas de ellas inmediatas: el “Decreto de confiscación de bienes de los enemigos de la Revolución”, que en su parte central decía:

Son confiscables y se confiscan, en bien de la salud pública y a fin de garantizar las pensiones a viudas y huérfanos causados por la defensa que contra los explotadores de la Administración ha hecho el pueblo mexicano, y para cubrir también las responsabilidades que por sus procedimientos les resulten en los juicios que a su tiempo harán conocer los Juzgados especiales que a título de restitución de bienes mal habidos se establecerán en las regiones convenientes, fijando la cuantía de esas responsabilidades, destinándolos íntegros para esos fines, los bienes muebles e inmuebles y documentaciones de todas clases pertenecientes a los individuos Luis Terrazas e

hijos, hermanos Creel, hermanos Falomir, José María Sánchez, hermanos Cuiity, hermanos Luján, J. Francisco Molinar y todos los familiares de ellos y demás cómplices que con ellos se hubieren mezclado en los negocios sucios y en las fraudulentas combinaciones que en otro tiempo se llamaron políticas.

Al triunfo de la causa, continuaba el decreto, una ley reglamentaria determinaría lo relativo a la distribución de esos bienes que, en tanto, serían administrados por el Banco del Estado, creado por otro decreto del mismo día, con esos bienes como garantía de capital. Esos recursos, administrados por revolucionarios de confianza bajo la fiscalización de Silvestre Terrazas, permitieron financiar el aparato militar villista así como su política social, durante los dos años que la División del Norte dominó Chihuahua. En este decreto está expuesta la política agraria del villismo: los revolucionarios campesinos del norte llevaban tres años pensando en el tipo de sociedad que querían para “después del triunfo” y cómo habría de construirse ésta, de modo que tan pronto tuvieron el poder, así fuera a escala local, lo aplicaron, de acuerdo con el “sueño de Pancho Villa”, expuesto por el caudillo a John Reed más o menos al mismo tiempo que hizo público el decreto anterior. De ambos textos (y otros posteriores, que los complementan) se desprende la vaga utopía del México del futuro que forma parte fundamental del ser y el ideal del villismo. Con el tiempo, esa utopía fue convirtiéndose en un proyecto revolucionario, pero sin entrar en el análisis de ese programa hay que señalar la expedita justicia ranchera inherente al decreto de confisca-

ción: aunque los resultados más importantes se verían “al triunfo de nuestra causa”, sin esperar ese momento se expropiaban los latifundios del clan Terrazas-Creel y de otras familias vinculadas a ellos, justificando el hecho, en primer término, por las acciones políticas de los referidos oligarcas, que eran dueños de la mitad de las tierras del estado, de muchas de las cuales se apoderaron en detrimento de los pueblos libres y los pequeños propietarios al amparo de la manipulación de las leyes liberales y porfiristas.

Otras acciones de Pancho Villa como gobernador fueron la expulsión de los españoles, la persecución de la especulación y el bandolerismo, la reivindicación de Abraham González, cuyos restos fueron exhumados para enterrarlos en un mausoleo en el panteón de Chihuahua. En fin: Pancho gobernaba “a la ranchera”, convencido de que las artes y prácticas del gobierno eran “extraordinariamente innecesarias y enredosas”. Sus colaboradores, sobre todo Terrazas, Sebastián Vargas y Manuel Chao, se encargaban de darle forma a sus decisiones. De esa manera trazó la política revolucionaria de Chihuahua, que sería la base del proyecto villista. Al mismo tiempo, el estado recuperó la paz perdida, en parte como resultado de la popularidad del gobierno y en parte también por la creciente potencia de fuego y la movilidad de las columnas villistas enviadas a perseguir a los orozquistas y bandidos.

El 7 de enero de 1914, poco más de cuatro semanas después de convertirse en gobernador de Chihuahua, Pancho Villa renunció en respuesta a una “sugerencia” de Carranza, quien le pidió que resignara esa responsabilidad en Manuel Chao. Villa entregó el gobierno y salió a Ojinaga

a destruir el último bastión huertista del estado, para dedicarse después a armar y organizar a la División del Norte con los enormes recursos que ahora tenía a su disposición. Al renunciar al gobierno, no cedía Villa el poder, asegurado por su mando militar. Bajo su supervisión y la de Silvestre Terrazas y otro valioso colaborador integrado después, Federico González Garza, los gobernadores villistas, Manuel Chao y Fidel Ávila, gobernaron al estilo de Pancho Villa.

5. Las grandes batallas de la División del Norte

En marzo de 1914, al frente de 20,000 hombres, Pancho salió de Chihuahua rumbo a Torreón, que los federales habían arrebatado a Calixto Contreras, concentrando ahí una fuerza de 14,000 hombres que, a las órdenes del valiente y capaz general José Refugio Velasco, habían hecho de las ciudades laguneras un imponente recinto fortificado. Durante doce días la División del Norte mostró su poderío y la eficacia del mando de Pancho Villa, destruyendo una a una las fuertes defensas federales, hasta que el 2 de abril huyeron de la ciudad sus últimos defensores. Ésta fue la más sangrienta de las batallas libradas hasta el momento en la Revolución, y la más importante de la lucha contra el huertismo.

Inmediatamente después empezó la batalla de San Pedro de las Colonias, contra otra división federal enviada en auxilio de Torreón, que no pudo llegar a tiempo a esa batalla. En el ataque final a San Pedro, lanzado en la noche del 12 al 13 de abril, participaron más de 12,000 villistas, que rompieron la línea de los federales obligándolos a retirarse hacia Saltillo. Así, la División del Norte conquistó la

Comarca Lagunera, dando un golpe terrible a la voluntad de resistencia del enemigo.

Pancho Villa y sus generales deseaban ahora marchar hacia el centro del país, pasando por Zacatecas, pero don Venustiano Carranza, jefe formal de la revolución nacional contra Huerta, decidió obstaculizar el creciente poderío del villismo, tanto porque las medidas tomadas por Pancho como gobernador de Chihuahua, y el origen social del liderazgo villista, anunciaban un proyecto de país que chocaba con la revolución política, socialmente neutra, que quería don Venustiano; como porque la conquista de La Laguna, sumada al dominio de Chihuahua y Durango, convirtió a Pancho Villa en un dirigente nacional: controlaba más hombres y recursos que cualquier otro jefe revolucionario y el poder de su ejército y su prestigio como caudillo no tenían parangón en el campo rebelde. Esos recursos eran administrados directamente por Villa y los hombres de su confianza, sin intervención de la Primera Jefatura y eso era más de lo que Carranza podía tolerar.

Esta situación ya había generado conflictos entre don Venustiano y Pancho, cuando el Primer Jefe de la revolución decidió establecerse temporalmente en Chihuahua e intentó poner bajo su batuta al gobernador dejado por Villa en lugar suyo, el general Manuel Chao. Al fracasar esta maniobra, Carranza decidió obstaculizar la marcha militar de la División, para lo que se trasladó a Torreón, donde ordenó a los villistas que tomaran Saltillo, mientras él pensaba ir a Durango para alentar a otros grupos revolucionarios a tomar Zacatecas, cerrando el camino de la División del Norte. Los jefes villistas ignoraban esa parte de la maniobra, pero

tenían claro que Carranza quería dar tiempo al avance de las divisiones del Noroeste y del Noreste, mandadas por jefes mucho más afines a sus propósitos que los villistas. La última reunión entre Carranza y los generales villistas fue apasionada y polarizó las opiniones hasta que Pancho la cortó de tajo diciendo:

“—Bueno, vamos a darle gusto al Jefe. El Jefe quiere que le tomemos Saltillo, pues vamos a tomárselo en el acto...”

Había en la región de Saltillo unos 15,000 huertistas, restos de las columnas derrotadas por la División del Norte en La Laguna y por la del Noreste en Monterrey. Cinco mil de estos soldados estaban destacados en el vital empalme ferroviario de Paredón y, al advertir la extrema debilidad de su posición, Felipe Ángeles (un pundonoroso y prestigiado general de carrera que había servido lealmente a Madero, uniéndose después a la Revolución, y que acompañaba a Villa desde marzo de 1914) diseñó una batalla que se resolvió con la carga de caballería más espectacular de la Revolución, dada por 8,000 jinetes en la mañana del 17 de mayo de 1914. Tres días después, el general villista José Isabel Robles ocupaba la capital coahuilense.

Mientras tanto, Carranza había logrado reunir seis o siete mil hombres para que atacaran Zacatecas, a las órdenes del jefe revolucionario de ese estado, Pánfilo Natera. El asaltó fracasó por falta de elementos y Carranza ordenó a Pancho Villa que enviara refuerzos a Natera. Se provocó así una discusión telegráfica que fue subiendo de tono, entre Carranza por un lado y los jefes villistas por el otro, que terminó con la ruptura entre el Primer Jefe y los generales de la División del Norte, que se agruparon retadoramente

en torno a Villa, rechazando los órdenes de Carranza, en quien sólo veían autoritarismo, malevolencia y doble juego. La ruptura era irremediable, aunque no se hizo pública, y la División del Norte salió de Torreón a Zacatecas.

El 23 de junio, 21,000 hombres apoyados por 38 cañones atacaron las posiciones federales de los cerros que circundan Zacatecas y en pocas horas destruyeron a la División federal que defendía la ciudad. La sincronización perfecta del ataque y la eficacia de la preparación artillera han hecho de esta batalla la más famosa de la División del Norte, aunque el enemigo era más débil y estaba peor mandado que el batido en Torreón tres meses antes, y no había a la vista, como aquella vez, ninguna columna federal que viniera en auxilio de sus compañeros.

La batalla de Zacatecas, que acabó con la voluntad de resistencia del régimen huertista, fue la última en la que Pancho tuvo a sus órdenes a la pléyade de generales formados en las campañas del Norte. Nunca más los caudillos de la División del Norte volvieron a estar juntos en el campo de batalla ni se reunieron siquiera en el mausoleo construido en Chihuahua por Pancho para recibir sus restos y los de sus generales.

6. Cuando México fue campo de batalla

El gobierno de Huerta quedó herido de muerte en Zacatecas, pero tardó aún siete semanas en caer porque la victoriosa División del Norte tuvo que replegarse a Torreón, pues los carrancistas de la División del Noreste se movieron de Saltillo hacia La Laguna, sobre el flanco de la División del Norte, amenazando con cortarla de su base de operaciones.

Fue entonces la División del Noroeste la que atestó el golpe final al huertismo, en las cercanías de Guadalajara, y su jefe, el sorprendente caudillo Álvaro Obregón, quien recibió la rendición del viejo ejército el 13 de agosto.

A la victoria de la revolución y la destrucción del antiguo régimen, siguieron tres meses de negociaciones y búsqueda de arreglos entre las distintas facciones revolucionarias, cuyo momento más importante lo constituyó la Convención de Aguascalientes, reunida entre el 10 de octubre y el 10 de noviembre de 1914. La idea de reunir a los representantes de los ejércitos revolucionarios en una convención, surgió durante las conferencias que en julio de ese año celebraron en Torreón los representantes de las divisiones del Norte y del Noreste. En esas conferencias, los representantes de ambos ejércitos resolvieron postergar toda discusión hasta la caída de Huerta. Pero también se dijo con claridad que la revolución se había hecho para solucionar los problemas de México y realizar el reparto agrario.

Como asamblea pacificadora la convención fue un rotundo fracaso, pero como escaparate de las grandezas y miserias, las ambiciones, el idealismo y la ingenuidad de los revolucionarios mexicanos, fue magnífica. Pronto se hizo evidente que no existía conciliación posible entre los carrancistas y los villistas, aliados con los zapatistas, y cuando el 1º de noviembre la Convención designó un presidente provisional de la República, se hizo inevitable la ruptura.

Durante esas semanas, Pancho vigiló desde Zacatecas las discusiones de la Convención y fue el único de los tres grandes caudillos (los otros eran Carranza y Zapata) que expresó su voluntad de someterse a las decisiones de

esa asamblea, a la que visitó para hacer formal su subordinación. También buscó un acercamiento con el zapatismo, que sería base de la alianza entre los dos movimientos sociales de la revolución, acordada en la Convención por sus representantes y sellada en diciembre por los dos caudillos. La guerra entre los carrancistas y los convencionistas fue la etapa más violenta de la Revolución Mexicana. En ella se enfrentaron poderosos ejércitos mandados por jefes capaces, populares y carismáticos y terminó con la destrucción militar de uno de los bandos en pugna. Durante casi catorce meses, el conflicto entre constitucionalistas y convencionistas se caracterizó por masivos enfrentamientos militares a lo largo de gran parte del territorio nacional. Los combates iniciaron en noviembre de 1914, con el avance de la División del Norte sobre la capital de la República, y concluyeron a fines de diciembre de 1915, con la disolución formal de la División del Norte. Al calor de la guerra civil se definieron claramente los principales objetivos y proyectos de las fuerzas en pugna, que encontrarían sus expresiones definitivas en el “Programa de reformas económicas, políticas y sociales de la Revolución”, por un lado, y en la Constitución de 1917, por el otro. De modo que el combate a muerte entre los revolucionarios implicó también definiciones políticas e ideológicas.

En el complicado panorama del colapso del estado, hambrunas, definiciones políticas y guerra sin cuartel, Pancho Villa fue el jefe supremo de los ejércitos de la Convención, cuyo núcleo sólido lo formaba la División del Norte. El antiguo bandolero de Durango dirigía políticas, alentaba reformas sociales y, sobre todo, se mostró como

un jefe capaz de pensar la guerra, de diseñar una estrategia de alcance nacional y de conducir en el campo de batalla a muchos miles de hombres. De todo esto, sólo suele recordarse su derrota en las batallas del Bajío (Celaya, Trinidad y Aguascalientes), de las que los historiadores exageran los errores cometidos por Pancho, omitiendo que más de una vez estuvo a punto de obtener la victoria militar en condiciones políticas y económicas cada vez más adversas para su causa, y olvidando —por el fácil y falso lugar común de reducir su táctica a las cargas de caballería— las acertadas disposiciones que tomó en tan dura y enconada lucha.

Derrotada la División del Norte en los campos del Bajío, durante varios meses Villa resistió el embate carrancista e ideó una audaz contraofensiva en Sonora, que fracasó frente a los elementos acumulados por los carrancistas. En los últimos días de 1915 todas las ciudades de Chihuahua fueron ocupadas por los carrancistas y Pancho Villa disolvió formalmente la División del Norte. Sin embargo, a aquellos de sus hombres que estuvieron dispuestos a seguirlo a una nueva etapa de la lucha los convocó a mantenerse a sus órdenes, formando dispersas partidas guerrilleras con el objetivo de impedir la entrega de la soberanía nacional a los Estados Unidos, algo que, Villa estaba seguro, Carranza se disponía a hacer en cumplimiento de un pacto que habría firmado con el gobierno de ese país. No existía tal pacto ni Carranza haría tal cosa, pero Pancho creía en su existencia por las acciones de agentes que a él le había enviado el gobierno estadounidense.

7. Los años terribles

El 9 de marzo de 1916, una fuerza invasora mexicana de 500 hombres, a los gritos de “¡Viva Villa!” y “¡Viva México!”, atacó el pueblo de Columbus, Nuevo México. Iba al frente de los atacantes el general Candelario Cervantes, pero fue Pancho Villa quien planeó el ataque y probablemente lo observó desde lo alto de una colina cercana. Los invasores fueron rechazados por fuerzas del ejército estadounidense después de una batalla de seis horas, que causó grandes destrozos al poblado. Los Estados Unidos respondieron a este ataque rápidamente, enviando a México una expedición punitiva formada por 4,800 soldados, más tarde aumentada hasta 10,000, que invadió el estado de Chihuahua con la intención de capturar a Pancho muerto o vivo, y destruir sus tropas.

La expedición punitiva fue un desastre militar y político para los Estados Unidos, porque Pancho Villa no fue capturado ni sus fuerzas destruidas, provocó una hostil reacción en el pueblo mexicano y amargó las relaciones con el gobierno de Venustiano Carranza. Finalmente, salió del país once meses después de su entrada. Pancho se referiría así a la expedición y a su jefe: “Ese Pershing vino aquí como un águila y se fue como una gallina mojada”.

Ahí nació la figura de Pancho Villa como símbolo de la resistencia nacional contra la penetración imperialista. El caudillo de Durango resurgió de sus cenizas para conducir durante cuatro años y medio una sangrienta y amarga resistencia guerrillera contra un gobierno al que consideraba traidor a la patria —lo que era falso— y opuesto a las de-

mandas sociales que habían provocado la revolución —lo que era cierto en muchos sentidos. Pancho era un guerrillero inigualable, prácticamente indestructible en esa clase de lucha, pero nunca volvió a tener la posibilidad de convertir a sus guerrillas en un ejército capaz de amenazar seriamente al nuevo Estado. Arrinconado, perseguido, peleando en circunstancias muy adversas, los peores rasgos de su personalidad salieron a la luz, llegando a cometer en esta etapa actos de crueldad y violencia que dan sentido a la leyenda negra.

En 1919 Emiliano Zapata, su antiguo aliado al que seguía admirando, fue asesinado. Unos meses después murió en combate su mejor lugarteniente en la etapa guerrillera, Martín López, y fue fusilado el valiente y leal general Felipe Ángeles, que luego de tres años de exilio volvió a México para intentar hacer de Pancho el eje de una alianza nacional anticarrancista. Así que cuando en 1920 Carranza fue asesinado y ocupó provisionalmente la presidencia don Adolfo de la Huerta, representante de un grupo político mucho más sensible a los problemas sociales de la revolución, un Pancho Villa vencido y cansado, de 42 años, jefe de una guerrilla sin esperanza, decidió rendirse.

8. Exilio y muerte

Durante sus últimos tres años, Pancho Villa vivió en Canutillo, la hacienda que el gobierno le entregó para que se refugiara en ella con cincuenta de sus hombres, pensándola como un auténtico exilio interior. Otras haciendas del norte de Durango y el sur de Chihuahua fueron entregadas a los villistas que se rindieron con Pancho y optaron por no in-

corporarse al ejército nacional. En esos años, Pancho volvió al duro trabajo de campo de su adolescencia, a la vez que sacaba a flote la economía de la desolada comarca y hacía de Canutillo un experimento social en el que se vivía como en una colonia militar de nuevo tipo.

Rumiada la venganza, convertido Canutillo en un floreciente negocio, reunidos muchos de los hijos que había ido dejando en su camino de revolucionario, Pancho comenzó a interesarse en la agitada política regional y nacional, aunque parte del acuerdo de rendición lo obligaba a no inmiscuirse en la vida pública durante cuatro años. Algunos comentarios, la amenaza de retomar las armas si el gobierno devolvía los inmensos latifundios del clan Terrazas-Creel, y su popularidad todavía notable, fueron fuente de preocupación del gobierno federal desde principios de 1923, cuando se advertía la posibilidad de una ruptura del grupo gobernante.

Así las cosas, el 20 de julio de 1923 el general Francisco Villa fue asesinado en Hidalgo del Parral, Chihuahua, por un grupo de individuos contratados, a través de un tal Melitón Lozoya y del diputado Jesús Salas Barraza, por varios ciudadanos acaudalados de Parral, que tenían rencores pendientes con Villa.

¿Qué motivaba a los autores intelectuales del crimen? En algunos casos la venganza personal, pero en otros, el miedo al resurgimiento económico y político de Pancho Villa, que en 1920 parecía definitivamente vencido, segregado de la vida pública nacional; el miedo al resurgimiento de su vigorosa voz en defensa de los pobres, el miedo al contagio del experimento social que estaba desarrollando

en la hacienda de Canutillo, el miedo al fantasma de la revolución campesina.

Esos miedos y otros más concretos llevaron al gobierno federal y a los locales de Chihuahua y Durango, a respaldar el complot contra la vida de Villa. En el asesinato de Villa, está probada la responsabilidad del presidente de la República y su secretario de Gobernación y virtual sucesor, los generales Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, así como la de los gobernadores de Chihuahua y Durango, generales Ignacio Enríquez y Jesús Agustín Castro. De ese modo, el 20 de julio, ocho asesinos emboscados mataron a mansalva al caudillo que había sobrevivido a más de veinte batallas campales, a infinidad de escaramuzas y acciones guerrilleras, a numerosos atentados y al ejército de los Estados Unidos.

La reacción del pueblo de Parral mostró que no estaban equivocados los hombres del poder y del dinero al temer el regreso de Villa: un multitudinario desfile encabezado por los cincuenta “dorados” que vivieron con el Centauro en Canutillo, acompañaron el cortejo, y en la oración fúnebre se dijo bien claro que había sido un crimen político. Durante muchos años la historia oficial mostró a Villa como un bandolero inescrupuloso y un asesino despiadado. Su tumba fue profanada, sus seguidores acorralados políticamente. Se intentó borrar su memoria. Pero siempre hubo quienes rescataron al Villa defensor de los pobres y nacieron y crecieron infinidad de mitos y leyendas sobre el personaje, sus tesoros enterrados, sus pistolas, sus hazañas guerreras y sexuales, hasta que adquirió una estatura mítica que rebasó ampliamente el silencio oficial.

Pedro Salmerón Sanginés.

Mexicano, licenciado, maestro y doctor en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es profesor e investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y profesor del Instituto Tecnológico Autónomo de México.

Es autor de una docena de trabajos académicos sobre la historia política y social del siglo XX mexicano. Entre sus obras están: *La División del Norte: la tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo* (Planeta, 2006), *La Revolución popular en Durango y La Laguna: Calixto Contreras y Benjamín Argumedo* (Editorial UJED, 2008), *Juárez: la rebelión interminable* (Planeta, 2007) y *101 preguntas sobre la Revolución Mexicana* (Grijalbo, 2009) entre otras obras.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaaleerenlibertad.com